

**CUANDO ME ENCARNÉ EN LA GÜEYA
DEL VERDADERO SARTÉN*
ROTOS BANDIDOS EN LA LITERATURA CHILENA****

**WHEN I EMBODIED THE TRACE OF THE TRUE BANDIT.
ROTOS BANDIDOS IN THE CHILEAN LITERATURE.**

ARAUCARIA ROJAS SOTOCONIL***

RESUMEN

El escrito que a continuación se despliega, procura re-considerar los discursos que se han modulado en torno al bandidaje, desde el campo literario en Chile. Qué resulta ser un bandido para sus espectadores o, si existiría algún relato coincidente que se extendiese entre el bandido estatuido por la historiografía y el labrado por la literatura, son algunas de las preguntas a las que se aspira dar contestación. Se pretende así, observar las vinculaciones entre peón-gañán, roto chileno y bandido, indagando además en la ruptura simbólica y definitiva que trasunta la implicación en la práctica del bandidaje. Se considera la fatalidad como sustrato transversal en su ejercicio y se exponen las motivaciones que lo conminan a devenir salteador. Poesías populares, romances, cuecas, cuentos y novelas inscritas sobre un marco epocal extendido, son

ABSTRACT

The following article seeks to reconsider the discourses articulated around the “bandidaje” from the field of literature in Chile. Some of the questions explored are: How is a bandido perceived by an external observer? Or, Is there any coincidence between the bandido established by historiography and the one created by literary texts? In this sense, special attention is paid to the links between different figures, namely the peón-gañán, roto chileno and bandido, exploring also the symbolic rupture implied in the practice of bandidaje. Considering misfortune as a transversal background, this essay exposes the motives urging the bandido to become a bandit. People’s poetry, romances, cuecas, tales and novels - laid out on an extended

* Los Chinganeros. Cuecas de barrios populares FONDART, Santiago 2009.

** Recibido: Enero 2011; Aceptado: Noviembre 2011.

*** Licenciada en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile. Estudiante de Magíster Universidad de Santiago de Chile. Email: lalalandriasemefue@gmail.com

las que articulan este texto. Se han ubicado ellas, temática más que temporalmente, con el objeto de evidenciar o no, ciertos trazados recurrentes para configurar lo que se comprenderá como (el imaginario en torno a) un bandido.

Palabras claves: literatura, fatalidad, roto chileno, bandidos.

temporal framework - guide the analysis, organized in terms of their subjects rather than the chronology, in order to emphasize certain commonly used layouts in the configuration of the imagery of the bandido.

Keywords: Literature, misfortune, roto chileno, bandit.

I. “Y ASÍ JUE EL AFUERINO, DE LOS CAMINOS”¹

Trabajar la literatura desde una perspectiva que no le es propia y establecer guiños discursivos con otra disciplina, es lo que seguidamente se propina. Este estudio contempla únicamente textos literarios, que se construyeron -muchos de ellos- en base a prensa e historiografía. La gran mayoría de los bandidos tratados fueron contemporáneos a quienes los narran y en ocasiones, pesquisados desde investigaciones elaboradas por los propios escritores. Otras veces, se inmortalizaron en la escritura bandoleros arraigados en un territorio, que aún permanecían en forma de leyenda u oralidad. No son entonces, *puramente* literarios, pues se tiñen de referencias fácticas y emergen en ese lugar ambivalente. Su deseo por decir realidad se torna difuso al momento de serpreciada como novela o cuento y no como historiografía. Aquí, como gesto sencillo, se busca el bandido *de* la literatura.

El *peón-gañán* asumiría hace poco más de veinte años un estatuto medular e inopinado en la historiografía chilena. No obstante, más de cien años antes profusos relatos le habrían dado visibilidad, cuerpo y rúbrica desde los afanes literarios. Las intencionalidades y resonancias que comportan ambos campos de estudio no son necesariamente confrontables, pues sus regímenes discursivos han sido ubicados en disciplinas desemejantes. Por ello, se pretende pesquisar concisamente dicho tipo identitario en ambos registros, con el objeto de inquirir desde allí el tema convocante. Sucintamente, descubrir el bandido en el peón y qué bandido *dicen* que en él pervive.

Gabriel Salazar, indica que el peón no sería “*definido por la ausencia de “oficio”, sino más bien por la suma de todos los oficios forzados o salariales no-campesinos pero pre-proletarios*”², siendo registrados éstos en

1 González Marabolí, Fernando, *Manuel el Bonete Grande*, cueca inédita.

2 Salazar, Gabriel, *Labradores, peones y proletarios, formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* Ed. LOM, Santiago 2000, p. 156. Ver también Jaime Valenzuela, *Bandidaje rural en Chile Central : Curicó, 1850-1900*, Ed. DIBAM, Santiago

las fuentes en toda la extensión del siglo XIX. Desde esos lineamientos se le caracterizaría como descendiente del *vagamundo*, que se emplea móvilmente y sin especialización³. Se postula que en la crisis de 1873 hasta 1890 se intensificaría el tráfico forzoso e intenso de peonaje itinerante⁴, desocupados que se engancharon en las obras públicas sobre todo de Santiago, el centro sur y el norte minero⁵. Pero, ¿cómo nos indican que se sentencia el peón desde su otro, la élite observante? Se presenta como sujeto unívocamente execrable, pues el mismo carácter jaranero, alcohólico y ruidoso del roto, lo vuelven -como vislumbran Salazar y Pinto- un tipo “*revoltoso y pendenciero*”⁶, conductas que evidentemente representarían para los parámetros instituidos por la élite, una irrefutable *incivilidad*. La “cultura popular”, visibilizada en chinganas y conventillos, se percibe “*festiva, abierta y desenfadada*”⁷ desbordando en ella actitudes que “*no podían sino aparecer como transgresoras*”⁸. Peón re-nuente al disciplinamiento, de *naturaleza* errante. A partir de estos preceptos -genéricamente esbozados- se percibe un relato historiográfico que describe *lo popular*, como aglomeración enlazada permanentemente con una suerte de resistencia implícita que le subyace. Se confunden de este modo, el relato historiográfico y aquel que éste procura traducir, descifrar: gañán, roto y peón, cristalizados por ambos discursos en un *modo de ser* “desordenado”, que comporta en ese des-orden un desacato ingénito. Nos advierten que se le arroga -por parte de la élite- un hálito de peligrosidad, ímpetu amenazante que lo constituiría “esencialmente”.

Mas, ¿qué de ello nos indica el piélago literario? Las relaciones que sugiere la evocación del “roto chileno” son variadas y cambian según la coyuntura, sin embargo, persisten en los discursos ciertas imágenes que remiten

1991, p. 37.

3 Salazar, Gabriel y Pinto, Julio, *Historia Contemporánea de Chile, Tomo II. Actores, Identidad y Movimiento*, Ed. LOM, Santiago 1999, p. 106.

4 Ver Pinto, Julio, *Trabajos y Rebelías en la pampa salitrera*, Ed. Universidad de Santiago, Santiago 1998, p. 91. Hutchison, Elizabeth, *Labores propias de su sexo*, Ed. LOM, Santiago 2006, p. 39.

5 De Ramón, Armando, *Santiago de Chile (1541-1991): historia de una sociedad urbana*, Ed. Sudamericana, Santiago 2000, p. 225. Romero, Luis Alberto, *¿Qué hacer con los pobres?. Elite y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, p. 96. Ortiz Letelier, Fernando, *El Movimiento obrero en Chile*, Ed. LOM, Santiago 2005, p. 77.

6 Salazar, Gabriel y Pinto, Julio, *Historia Contemporánea de Chile, Tomo II...*, p. 107.

7 Salazar, Gabriel y Pinto, Julio, *Historia Contemporánea de Chile, Tomo IV. Hombria y Feminidad*. Ed. LOM, Santiago, p. 145.

8 Pinto, Julio, *Trabajos...*, p. 91.

a su desterritorio, a su nomadismo. “Viene un enganche y me engancho”⁹ es asumido como lema, consigna substancial. El estudioso Oreste Plath dice del roto que es

“un trabajador que ha luchado contra el viento y el frío, hasta poner luces de esperanza sobre la nieve y hacer una realidad el territorio de Magallanes; del obrero marítimo, que ha desafiado las tormentas de los canales fueguinos; del campesino, que ha abierto surcos para los trigales; del minero, que ha desentrañado de la tierra los minerales, y del que ha convertido desolados páramos en fructíferas poblaciones.”¹⁰.

Su condición de discontinuidad plasmada -imaginariamente- en las labores que desempeña, se encuentra copiosamente en la poesía popular: “Yo fui cargador en el Maule,/Y capitán en la guerra,/ Armero en la Inglaterra/Y albañil en Buenos Aires;/ Cortador de teja en Paine/ Y en Maipú fui zapatero (...)”¹¹; o en Juan Rafael Allende, a través de su extensísimo encomio al “roto chileno”, reitera este persistente imaginario vinculado a su constante desplazamiento: “A California se fueron,/A trabajar en las minas/ Más de cuatro mil chilenos./ En el Perú y en Bolivia,/ Pregunto ¿quiénes han hecho / Todos los ferrocarriles/ Que construir mandó el Gobierno?/ Digo, ¿quiénes trabajan/ Las minas de esos dos pueblos,/Y quiénes han trabajado / En los mantos salitreros?”¹². Se observa de este modo, el cruce frontal entre los procesos sociales y las narraciones que en este campo sitúan al roto: se desempeña en labores que germinan en el marco epocal que los pare, estableciéndose su *enganche*, labor fiel al lugar de su acontecer.

Tantas otras definiciones son las que el roto se arroga para sí, atadas invariablemente a su ser itinerante, buscón o patiperro¹³, sin embargo, exis-

9 *Ibid.*

10 Plath, Oreste, *Baraja de Chile*, Ed. Zig-zag, Santiago 1946. p. 13.

11 Lizana, Desiderio, *Cómo se canta la poesía popular*, Ed. Imprenta Universitaria, Santiago, 1912, pp. 36-38.

12 Allende, Juan Rafael, *Poesías Populares*, Imp. de Meza Hnos., Santiago 1911, pp. 61 y ss.

13 Para este tema ver Oyarzún, Luis, *Temas de la cultura chilena*, Ed. Universitaria, Santiago 1967, p. 17. Víctor Domingo Silva, *Pata 'e perro*, en “Selección de autores Nacionales”, Ed. Salesiana, Santiago 1952, p.132. Durand, Luis, *Sietecuentos*, Ed. Nascimento, Santiago 1967, p. 9-21. Vicuña Cifuentes, Julio, *He Dicho*, Ed. Nascimento, Santiago 1926, p. 32. Godoy, Juan, *Angurrientos*, Ed. Nascimento, Santiago 1959, p. 116. Edwards Bello, Joaquín, *La deschilenización de Chile*, Ed. Aconcagua, Santiago 1977, p. 57. Yankas, Lautaro, *Rotos*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1945, p. 37. Palacios, Nicolás, *Raza Chilena. Libro*

ten ciertos enunciados necesarios de distinguir con mayor intensidad. Oreste Plath, establece una interesante taxonomía del roto: cuchillero, roto niño, choro, marino, *milico*, pampino, minero, carrilano¹⁴, cargador y bandido¹⁵. En la enumeración tipológica de Plath, no se nombra el roto costino¹⁶, el caminero¹⁷, el espinaceador¹⁸, carretero, etc. Corroborándose en cada omisión, su multiformidad e inabarcabilidad. No es posible, como se observa, esbozar un roto afianzadamente localizado, pues se le nombra siempre desterritorializado y en proceso de reterritorialización. Revela absoluto: “*Soy afuerino/ Ya no tengo más casa/Que los caminos*”¹⁹ como manifestación primigenia y culminante de su circunstancia.

Si bien los enunciados previos han señalado la estructura que vertebraba un roto, es necesario recurrir a nociones que no necesariamente sostienen afección con el sujeto en vista. Definiciones categóricas, presentadas en formatos donde lo que se prioriza es la rigidez de las aseveraciones, permiten ampliar el enfoque inicial y propiciar ya su vínculo con el bandido. Primeramente, Zorobabel Rodríguez dice en su “Diccionario de Chilenismos” que el roto es “*aquella voz para designar a la jente de última clase, a la misma cuyos individuos son llamados cholos en el Perú, i léperos en Méjico*”²⁰. Para José Toribio Medina, en tanto, el roto viene “*Del latín ruptus Despectivo en Argentina y Perú. Apodo con que se designa al chileno (En Chile, al hijo del pueblo)*”²¹. El estudioso Julio Vicuña Cifuentes, se refiere sólo a la nomenclatura “roto de alto caballo”, diciendo que significa “*ladrón de mucha fama*”²².

escrito por un chileno y para los chilenos, Ed. Chilena, Santiago 1918, p. 34. Cabrero, Alberto, *Chile y los chilenos*, Ed. Lyceum, Santiago 1948, p. 114.

14 Acevedo, Antonio, señala que “*en las faenas del ferrocarril, se reúnen desde santo a bandolero*” en *Retablo Pintoresco de Chile*, Ed Zig-Zag, , Santiago 1952, p. 323.

15 Plath, Oreste, *Epopéya del “Roto Chileno”*, en Guzmán, Nicómedes comp., *Autorretrato de Chile*, Ed Zig-Zag, Santiago 1957, p. 135.

16 Acevedo Hernández, Antonio, *El libro de la tierra chilena. Lo que canta y mira el pueblo de Chile*, Ed. Ercilla, Santiago 1935, p. 10.

17 Ver Santiván, Fernando, *La Camará*, Ed. Quimantú, Santiago 1972.

18 Acevedo Hernández, Antonio, *Croquis Chilenos (Crónicas y relatos)*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1931, p. 85-93.

19 Claro, Samuel et.al., *Chilena o cueca tradicional. Con las enseñanzas de Don Fernando González Marabolí*, Ed.PUC, Santiago 1994, p. 364.

20 Rodríguez, Zorobabel, *Diccionario de chilenismos*, Ed. Imp. Del Independiente, Santiago 1875, p. 427.

21 Toribio Medina, José, *Chilenismos. Apuntes lexicográficos*, Ed. Universo, Santiago 1928, p. 328.

22 Vicuña Cifuentes, Julio, *COA: Jerga de los delincuentes chilenos. Estudio y vocabulario*, Ed. Santiago 1910, p.131.

Más tardíamente, Manuel Dannemann, continuando con el mismo tenor valorativo, dice que es una “*persona de presencia desaseada y de vestimenta andrajosa*”²³. Por su parte, el historiador René León Echaíz, señala que “*se formó con mestizos que descendieron a la vida del indio, sin asimilarse del todo con él*”²⁴.

Todos estos discursos coinciden en otorgarle un lugar de inferioridad, situándolo como sinónimo de miserable. Obvian las cualidades que se le asignarían contemporánea y posteriormente. Su pauperismo es el rasgo que se resalta, adicionado a cierta aura delictual que lo conforma. Comulga con ella forzosamente, como impulso medular de su substancia. Antonio Acevedo, cronista profundo y conocedor de su territorio, señala que si el pueblo “*sale al camino, hay que agarrarse con él*”²⁵, lo que constataría una “*peligrosidad*” constitutiva que en él reside. Salir al camino, hacerse bandido, *entrar en la huella*, son aconteceres que la literatura lía necesariamente con la localización que le antecede: ser peón. Límite entre ambos: desdibujado y difuminado en su ejercicio, cuajado en la nomenclatura del “*roto bandido*”²⁶. Un ejemplo de ello es el brioso y gallardo carrilano, protagonista de la novela “*La Raza Fuerte*” de Antonio Acevedo, quien antes de oficiar como ejemplar peón enganchado en la construcción de líneas férreas, “*desbalijaba tranquilamente en la cuesta de Lo Prado*”²⁷, salteando a inquilinos ricos y matando a futres en pendencias de tabernas. Prácticas se combinan, incluso yuxtaponen en este personaje, que es *pillo de naipes*, peón, eximio trabajador y a la vez, ladrón. Asimismo, el escritor Luis Durand afirma que existiría una imbricación entre vagabundo-peón y ladrón, cuya existencia se mantiene siempre en los márgenes de los caminos, de la noche y la legalidad²⁸. Manuel Rojas evidencia esta vecindad al afirmar que entre los oficios del peón (domador, cazador, cateador, etc.) se encuentra “*por último*” - y necesariamente- *el ser bandolero y traficar especies al margen de la ley*²⁹. La misma idea es reiterada en la narración de Fernando Santiván “*El cuarto de las garras*” donde los sujetos se posicionan en el

23 Dannemann, Manuel, *Tipos Humanos En La Poesía Folclórica Chilena: Ensayo Filológico, Antropológico Y Sociológico*. Ed. Universitaria, Santiago, p.70.

24 Echaíz, René León, *Interpretación histórica del huaso chileno*, Ed. Universitaria, Santiago 1955, p. 26.

25 Acevedo Hernández, Antonio, *Los cantores...*, p. 9.

26 Guzmán, Nicómedes, comp., *Autorretrato...*, p. 145.

27 Acevedo Hernández, Antonio, *La Raza Fuerte*, Ed. de la Federación Obrera, Santiago 1910, p. 12.

28 Durand, Luis, *Campesinos*, Ed. Nascimento, Santiago 1950, p. 84.

29 Rojas, Manuel, *El Hombre de los ojos azules*, Ed. Lectura Selecta, Santiago 1926, p. 7.

lugar intersticial al que me he referido: “*mitad bandoleros, mitad hombres de trabajo*”³⁰, “decentes” e ilegales a un tiempo. Conocemos de ellos su pujanza, sus oficios, sus andares y escasamente logramos identificar aquello con una criminalidad. Contrariamente, se trasluce una íntima vecindad del paso entre un quehacer y otro.

El recorrido entre tratero y bandido se mueve zigzagueante. Se entra en la huella, se retrocede, se vuelve a ser enganchado, fluvial, naturalmente. Por su parte, la cueca “Cuando me encarné en la güeya”³¹ grabada por el conjunto de chilena o cueca tradicional “Los Chinganeros”, da cuenta de la empareñación radical entre el ser-roto ajuerino y ser bandido: “*Cuando me encarné en la güeya/ Del verdadero sartén/ No hubo más ley del camino/ Que la del Flaco Manuel/ Con el sombrero alón/Manta é castilla/ Y debajo la wincher*³²/*Con la cuchilla/Con la cuchilla, Sí.../Semblante fiero/Y con la pinta brava/ De bandolero/Yo soy roto ajuerino/Salgo al camino*”. La peculiaridad y riqueza de esta fuente reside en que en esta ocasión el hablante es el mismo bandido quien se autoproclama roto, refrendando con las imágenes que evoca, la figura tipificada del bandido: la cuchilla (el corvo), la manta de Castilla (el poncho) y la invocación al Flaco Manuel como inspirador, alineando un sujeto que a sí mismo se diferencia y reconoce, enunciando los rasgos identitarios que lo componen, que lo hacen “ser” lo que se dice, lo que se pretende. Este sujeto porta ocasionalmente un *choco* e invariablemente un corvo, existiendo siempre la posibilidad de que se enmarañe en una riña³³. Su guapura, reside importantemente en el cuchillo y en su pericia para utilizarlo³⁴.

La relación textual que se capta entre roto-peligroso es constatada por el historiador Guillermo Feliú Cruz, al definir a los rotos o rotosos, diciendo que “*rara vez se les veía en épocas de tranquilidad, pero permanecían en acecho en los barrios como La Chimba, pululando como lobos por las calles, a la expectativa de un saqueo, cuando podía ofrecerse una reyerta o revolución*”³⁵. Los populares, cavila Feliú Cruz, eran inherentemente agresivos y criminales, siendo en dicha intersección donde Elvira Dantel piensa que *precisamente* “en

30 Lihn, Enrique, *Diez cuentos de bandidos*, Ed. Quimantú, Santiago 1972, p. 69.

31 Los Chinganeros, *Cuecas de barrios populares*, FONDART 2009.

32 Contracción de la marca de armamentos “Winchester”.

33 Acevedo Hernández, Antonio, *Retablo*...p. 199

34 Ver Rojas, Manuel, *Colo Colo*, en “Selección de autores Nacionales”, Ed. Salesiana, Santiago 1952, p. 36-46. Samuel Claro et. al., *ob. cit.*, p. 370. Pezoa Véliz, Carlos, *Alma Chilena*, Eds. Biblioteca Moderna, Santiago.

35 Feliú Cruz, Guillermo, *Santiago a fines del siglo XIX, crónicas de los viajeros* Ed. Andrés Bello, Santiago, 1970, p.80.

este sentido se confunden el bandido y el roto de un modo extraño”³⁶. Se configuran las relaciones entre los populares, rotos y su propensión inescapable a la actividad delictual. Las fuentes entregan así un tronco analítico que resulta ambivalente, pues por un lado hacen del bandido un borde entre las múltiples y cambiantes identidades populares, mas al mismo tiempo les confieren un estatuto de naturaleza, relacionado con su *alma peligrosa*. Su operar “delictual” cuando no se observa patente, persiste latente. Roto contiene, subsume al (su) bandido, coexistiendo este último como ramificación o faceta del otro.

De acuerdo a lo visitado, ¿podría decirse que el bandido *en sí*, no existe? ¿Que sólo existiría el bandidaje como práctica, mas no el bandido como individuo sujeto permanentemente a la ejecución de estos hábitos?

II. HUASOS Y ROTOS.

Dos representaciones a las que con insistencia se acude para consignar la “identidad chilena” son el huaso y el roto. Ellas resuenan en la literatura desde el siglo XIX, asumiendo estatutos desemejantes, fluentes y en muchas ocasiones, fugaces. Observamos primeramente, que la poesía popular -dispuesta en un torrente de pliegos- genera una identidad “de clase” entre ambos sujetos. Desde estos rasgos compartidos, se circunscribe una localización esférica del “nosotros” (huaso y roto) en oposición al *futre*, disposición que se evidencia en los reiterados contrapuntos. El del “Ñato Quillotano”, da un ejemplo de ello:

FUTRE: Vete huaso impertinente/De mi presencia perplejo/Antes que te haga volver/Para atrás como el cangrejo /(..)Por fin, bestia extravagante/ Sin ningún inconveniente/ He aquí por insolente/Irás preso en el instante/ Sois un huaso petulante/ Sin prisca de educación /No conoces la razon /Por bajo de tu ignorancia/ Hablas de extravagancia/ Sin ceso ni religión

HUASO: Vea señor caballero/No me esté tratando mal/Mire que lo hago bailar/ Como una vaca o ternero/(..)Por último par de trolas/ Si me trata de miserable/Al paco le quito el sable /I hago en los dos carambola/Preso una buena chirola /No me lleva usted compadre/I aunque como perro ladre/Les doi un buen atracon /Porque del primer quantón/ Le hago espedir pa su madre”³⁷.

36 Dantel, Elvira, “El bandido en la literatura chilena”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N°6, Santiago 1935, p. 247.

37 En pliego. *Sin título*, Col. Lenz, 25, mic 10.

Asimismo, los puetas describieron la miseria material del huaso:

“(..).Un pobre inquilino fue /Donde su patrón un día /Y limosna le pedía /Este hambriento les diré /El rico dijo ¿por qué? /De mi buscas amparo? /Le negó y le costó caro /Como el público lo vio /I el señor lo castigó /Por miserable i avaro.

Incluso yendo más allá, José Hipólito Casas Cordero recurre en variadas ocasiones a una homologación literal de roto/huaso. En un verso que trata sobre el huaso, dice: Desde la hacienda de Las Machas/ Salió este roto pequén,/ Pero traía en el tren /Olor a peras vorrachas (...) Donde venía embarcado /Este roto silvestrillo/ En los mismos calzoncillos/Venía todo averiado”³⁸

A través de las caracterizaciones denotadas, se produce una disputa patente, que siempre re actualiza entre roto o huaso *contra* el futre. El rechazo y la pugna se disponen en un terreno necesariamente clasista y opera desde los dos ámbitos que se oponen. El futre detesta al huaso y al roto, tanto como ellos lo abominan a él. Los “oponentes básicos” presentes en estas liras son “*el poder, el tener y el valer, controlado por una élite que representa una cosmovisión antitética de la suya*”³⁹ que se corporizan parcialmente en el futre. Aparentemente, el huaso no le teme a sus “oponentes básicos” que nombra Sepúlveda, pues, en ocasiones es temerario y amenazante⁴⁰. Un escrito que refrenda su imagen atrevida es el romance “El Huaso Perquenco”, que al respecto dice:

“Ayá va el guaso Perquenco/ En su cavayo alasán:/Ocho sorda`o `lo siguen /Y no lo pueden arcansar. Trre`muerte` icen que debe/Ar gorpe de su puñal:/Uno era un viejo avariento/ Con cara`e necesi`a, L`otro un `ermano traidor/Que lo vino a denunciar,/ Y tam`ien una mujier/ Que lo quería engañar. ¡Corran, corran lo`sorda`o, /corran, corran si parar!/Yo sé qui ar guaso Perquenco/Ninguno lo va a arcansar./A medía noche llegó/Cerca de la Rinconá/A la casa di un compaire/[ayá]

38 En pliego. *Sin título*, Col Lenz, 20, mic. 9.

39 Sepúlveda, Fidel, *Lira Popular, una poética de la identidad*, en “*Arte, Identidad y Cultura chilena (1900-1930)*” Ed. PUC, Santiago 2005. p. 434. Misma idea explica Mariano Latorre *Memorias y otras confidencias*, Ed. Andrés Bello, Santiago 1972, p. 291.

40 En especial Navarrete, Micaela y Cornejo, Tomás, *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, Ed. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana DIBAM, Santiago 2006, p. 79.

jué a desensillar: ¡Que se levanten las niña'!/Que se levante mi a'ijá;/
Aquí estáer guaso Perquenco/Para oír una toná"⁴¹.

Así, se observa no únicamente un sujeto bravo, sino ya criminalizado y perseguido por la ley. Comparten huaso y roto una situación de exclusión que los determinaría a crear un carácter intrínsecamente “rebelde”, de desacato a la autoridad, de bravura permanente. Se extrae de estos decires, que no habría necesidad de evidenciar una diferenciación, pues roto y huaso se localizan en una situación “marginal”⁴².

A fines del siglo XIX, fuera del campo de escritura “popular”, se define “guaso” como “a todos los hombres de campo [que] andaban como injertados en sus caballos, se viniese a llamar mui propiamente guasos a los campesinos de pie i de a caballo”⁴³ y un poco más tardíamente como “rústico, campesino de Chile. Tosco, grosero, incivil”⁴⁴. Comparten el estado de marginación del que para entonces, da cuenta Santos Tornero cuando lo propone como

“un verdadero siervo del sistema feudal, todo él, su familia, sus haberes dependen del patrón”⁴⁵. Amunátegui dice al respecto “la suerte de los trabajadores del campo se ha equiparado muchas veces a la de los siervos. Es una esclavitud sin cadenas materiales, pero con las cadenas más sólidas i resistentes, si cabe, de la ignorancia idel amor al terruño”⁴⁶.

A comienzos del siglo XX, se esgrimen en cambio, relatos que transforman a estos dos sujetos en seres enfrentados y nítidamente disímiles. Del huaso, por ejemplo, se señalaba: “es limitado, torpe, suspicaz. Su sentido de propiedad se le ha hincado en la carne. A causa de su labor agrícola, lo caracteriza su previsión económica. Vive para la tierra y sus animales. Arranca sus fuerzas de la tierra. (...) El huaso vive domeñando a la propia vida”⁴⁷ en

41 Vicuña Cifuentes, Julio, *Romances populares y vulgares Recogidos de la tradición oral chilena*, Ed. Biblioteca de escritores de Chile, Santiago 1912, p. 141.

42 Ver Lago, Tomás, *El Huaso*, Ed. Universidad de Chile, Santiago 1953, p. 198.

43 Rodríguez, Zorobabel, *Diccionario de chilenismos*, Ed. Imp. Del Independiente, Santiago 1875, p. 241.

44 Toribio Medina, José, *Chilenismos. Apuntes lexicográficos*, Ed. Universo, Santiago 1928, p. 178.

45 Tornero, Recaredo, *Chile Ilustrado*, Ed. de la Biblioteca Nacional de Chile, Santiago, 1996, p. 472.

46 Amunátegui, Miguel Luis, *Páginas sueltas*, Ed. Carvantes, Santiago 1889, p. 150.

47 Godoy, Juan, “Breve ensayo sobre el roto”, en *Atenea* N° 163, Concepción 1939, p. 40.

oposición al roto aventurero. El historiador René León Echaíz, por su parte, indica que el huaso “no es otra cosa que un mestizo ascendente enriquecido y de vida rural”⁴⁸ mientras el roto sería el mestizo “descendente”. El filósofo Luis Oyarzún señala que:

“Por una parte, el chileno vivo de fantasía y más o menos ligero de cascos que sale del país, sin ligarse o sentirse ligado a nada establecido, con cierta vocación universalista de meteco, con la picazón de correr mundos. Por otra, los graves senadores, agricultores y huasos a quienes nadie les viene “a contar cuentos”, los hombres de la gleba de todas las clases sociales.”⁴⁹

Se reiteran los “dos tipos humanos”, totalmente diferenciados, distanciados en sus características más profundas. En un glosario de mediados del siglo XX, se dice de huaso:

“*Hombre campesino del Valle Central de Chile. Labriego, gañán de los campos. Cuando viste sus galas de fiesta y cabalga su caballo aperado típicamente, pasa a ser una especie de símbolo humano de la actividad campesina*”⁵⁰. Para la década del 30 del siglo XX, se verían relegados definitivamente los rasgos populares del huaso-inquilino, del huaso-gañán que fue a su vez el “roto-agricultor”, presente en la poesía popular y en el costumbrismo decimonónico⁵¹. Será reemplazado por un huaso que imanta un hierático folclor, desde una personalidad renovada y estilizada.

¿Qué herramientas nos entregan las aproximaciones previamente expuestas? En primer lugar, examinar la diferencia en cuanto asociación que existe entre huaso-inquilino-arraigado, en oposición al roto-gañán-desarraigado. Ello, para los efectos del presente escrito, es primordial pues, en cada texto revisado se plasma una ruptura simbólica entre el inquilino que agobiado por su trágica existencia, se vuelve peón y que desde allí, se *encarna en la güeyá*. Todo bandido fue inquilino y es justamente ese pasado dolorido con el que se aspira a romper. Existiría -según lo que la literatura plasma- una resistencia fáctica que se ejerce contra un sistema de opresión, representado ostensiblemente en la figura dominadora del patrón y la obsecuencia de quienes rodean

48 Echaíz, René León, *Interpretación histórica del huaso chileno*, Ed. Universitaria, Santiago 1955, p. 18.

49 Oyarzún, Luis, *Temas de la cultura chilena*, Ed. Universitaria, Santiago 1967, p. 17.

50 Guzmán, Nicomedes, comp., *Autorretrato de Chile*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1957, p. 481.

51 Rojas, Manuel y Canizzo, Mary, *Los Costumbristas chilenos*, Ed. Universitaria, Santiago 1956.

al protagonista-bandido. Éste, en su posición de excepcionalidad⁵², se retrae de su realidad y la subvierte, precipitándose contra ella⁵³. El solo acto de *entrar en la güeya*, comporta un distanciamiento de su condición pretérita de sometimiento, para transmutarla a una vida del todo “emancipada”. Veremos en qué consiste esa escisión vital.

III. “HASTA QUE LA FATALIDAD, MI ETERNA PERSEGUIDORA, SE PRESENTÓ NUEVAMENTE EN MI CAMINO”.⁵⁴

Se propone a continuación que la noción de *fatalidad* opera como sustrato que atravesaría completamente la vida del bandido perfilado en la literatura. Ella se opone con radicalidad a la que concibe al delincuente como resultado material de dispositivos conjugados en el campo social. El piélagos literario lo vuelve, opuestamente, consecuencia irremediable del *destino*⁵⁵. No existiría -según esta sentencia- escapatoria ni fuga para su accionar, perpetuamente ligado a la ejecución del crimen. En el componente de tragicidad irrevocable que se le confiere, radica precisamente el nudo existencial que será desenvuelto por medio de disímiles trazados narrativos. Adicionado a lo anterior, se otorga al bandido justificación y defensa de su ejercicio, generándose empatía frente a su inapelable desdicha. La operación se dispone así: el azar para él se impuso luctuoso y es por ello que se vio impelido a entrar en la *güeya*. Hilando más fino, se podrá descubrir que algunos bandidos -nos dicen- nacieron para permanecer fuera de la ley; otros, lo han hecho para huir de su misérrima realidad y unos cuantos se han propuesto hacer justicia frente a ella. Ante la pregunta ¿qué causas ostenta el bandido para encarnarse en la *güeya*?, las contestaciones conducen no a demasiadas posibilidades.

En primer orden, revisaré lo que dice relación con la situación de clase en que está enquistado el sujeto que deviene salteador. Es justamente la miseria que los habita y circunda, la que origina el primer hálito de rotura

52 Dantel, Elvira, *ob. cit.*, p. 243.

53 Misma idea comparte el estudioso Eugenio Pereira Salas, quien enuncia: “El bandido chileno – se ha escrito- es generalmente un huaso que se ha puesto fuera de la ley” en Pereira Salas, Eugenio, “*Pancho Falcato en la Historia y la leyenda*” Rev. Mapocho II, Santiago 1964, p. 150

54 Ulloa, Francisco, *Astucias de Pancho Falcato*, Ed. Soc. Imprenta y Litografía Universo, Santiago 1908, p. 97.

55 El historiador Salinas, Maximiliano dice explícitamente “*el destino que esperaba al bandido, transgresor rebelde del orden establecido, era la muerte violenta, a manos de las autoridades del sistema*” en “El bandolero chileno del siglo XIX: Su imagen en la sabiduría popular” en *Araucaria de Chile*. N° 36, Madrid, 1986, p. 60.

con su realidad. Humillados, disconformes, iracundos, se despojan de su ser-inquilino para volcarse a los caminos⁵⁶. Su primera parada sería el cerro, el monte, los intersticios de la *güeya*. Desde la altura o la distancia, se abrirá una compuerta de lucidez y rechazo de lo que se ha vivido. Sentencia: todo bandido tuvo un pasado de ominoso inquilinaje y se le torna acuciante tomar distancia de él. Dos novelas se posicionan en un lugar privilegiado en cuanto a la pormenorización con que discurre el relato. “La huella del bandolero” de Manuel Guerrero y “El bandido Neira” de René León Echaíz deslindan con nitidez la cuestión propuesta. Ambos construyen a sus protagonistas desde una infancia colmada de abusos⁵⁷. Todos los flancos son espacios de constricción, donde transitan niños enmarcados en un sistema que los asfixia cabalmente. La orfandad sería el despojo iniciático, explicación totalizante y siempre actual de estos bandidos.

Abraham Toro Díaz, protagonista de “La Huella del bandolero”, ha sido abandonado en casa del patrón por ya no haber más hijos en su casa, la de inquilinos. Sobrevive entre la violencia constante que ejerce contra él, el hijo mayor de su superior. Se obliga a reprimir lágrimas, se sobrepone de los golpes, encierros y azotes. Lo único que posee Abraham es un cordero que apoda “el huachito”. En él, deposita su cariño truncado, sus cuidados, sus días. Lo ha criado, alimentado y le ha rogado al patrón que no lo marque. El patrón no respeta la petición y yendo más allá, lo ha mandado a faenar para saborearlo en una recepción. He aquí la desgracia primigenia. Huye por primera vez. “*Vaga, sencillamente, vaga*”⁵⁸, se interna en los cerros, conoce trateros. Forma una cuadrilla brava con otros peones, es maltratado por un capataz y Abraham lo agrade de vuelta. Se desenganchan y van por otro *trabajo grande*. Su hermano Ramón habría estado implicado en una pelea a choco y cuchillo, y la policía inquiere a Abraham. Ramón se ha aperado de sombrero alón, de poncho negro y carabina. Tacha su pasado inquilino para siempre y se rehace como “El Tuta”. Con todo, Abraham es interrogado y torturado a causa del parentesco con su hermano ya bandido. Abraham espeta: “*No hay compasión... Llevamos en la frente la señal de la pobreza...No se nos escucha...No tuvimos escuela y nos*

56 Ver De la Vega, Daniel, *Cain, Abel y una mujer*, Ed. Ercilla, Santiago 1933.

57 Misma idea está presente, con menos desarrollo en el personaje Leiva de Manuel Rojas: “*sus angustias de hombre pobre, su miseria constante a pesar de su trabajo continuo, toda la tragedia íntima de su vida de hombre cercano a la vejez, concluyendo por pedirles que lo ayudaran*” en Rojas, Manuel, *Hombres del sur*, Ed. Nascimento, Santiago 1926, p. 131.

58 Guerrero, Manuel y Miranda, Carlos, *La huella del bandolero*, Ed. Letras chilenas, Santiago 1960, p. 49.

quieren dar sólo retén y cuartel”⁵⁹. En esta alocución, Abraham -quien sería luego el afamado bandido “El Torito”- explica el motivo cardinal por el que él entraría en la huella, así como lo habría hecho “El Tuta”, su hermano. Como intento apuntar, el paso de peón a bandido se ha hecho como un flujo natural, partes ambas de un mismo cosmos. Para el caso de Abraham, la inopia es parte de la *fatalidad* que lo bordea y envuelve desde su nacimiento.

La misma idea se revela en “El Bandido Neira”, en que se erige un patrón recriminador, un capataz violento y un padre ebrio. El niño, en medio de esa hostilidad, se va curtiendo y decide huir de su territorio. Como Abraham, “su espíritu anhela alejarse para siempre de patrones y capataces. No quiere saber más de una madre gruñona y de un padre borracho y cruel”⁶⁰. Se dedica a la labor de arriero, penetra en los caminos y los conoce como nadie. Para Neira, la vida de los bandoleros -de la que aún no participa- se abre como un mundo “tan rudo como el que ha conocido desde que naciera; pero con más colorido, más humano y sin la dura sordidez de aquel”⁶¹. Le genera gran admiración Paulino Salas, “El Cenizo”, y decide ponerse bajo las órdenes de su héroe. Entre los dos personajes, Abraham y José Miguel, se coextiende una *fatalidad* iniciática, materializada en infortunios y escasez que inundan su vida desde la niñez. Se hilvanan dos historias que despiertan comprensión y explican de modo inapelable, por qué el protagonista se hace bandido.

Otros textos de extensión más breve refrendan una y otra vez la misma noción, vinculada estas veces, con un aspecto *racial* que inviste al bandido. Cronológicamente, el primero de ellos es el mulato Fernando que inspira el romance “El Bandido” de Salvador Sanfuentes de 1885⁶². La opresión social se hace caer en él ominosamente, con mayor intensidad por tener en su sangre componentes *cafres*. Ser en parte negro origina en él un resentimiento omnímodo y también su actividad de campesino es permutada por la del salteo. La zona marginal en la que habita lo vuelve-nos dice el texto- propenso a la violencia. La *fatalidad* que lo atraviesa se localiza además en el amor trágico que Sanfuentes narra: él, luego de un salteo, rapta a una mujer quien cultivó sólo odio hacia él. Ella finalmente muere y frente al desconsuelo, Fernando decide entregarse. Una vez más, comprendemos las razones que azuzan al bandido, que en esta ocasión es particularmente noble y es el amor el motor de su existencia. Otro escrito que lía estrechamente el destino funesto del bandolero con

59 *Ibid*, p. 119.

60 Echaíz, René León, *El bandido Neira*, Ed. Orbe, Santiago 1965, p. 11.

61 *Ibid*, p. 15.

62 Sanfuentes, Salvador, *Leyendas Chilenas*, Ed. Biblioteca Chilena, Santiago 1885.

algún aspecto étnico o racial es la novela “El rucio Herminio” de Carlos Ruiz Zaldívar⁶³. En dicho texto, se observa una confluencia entre elementos que “en sí mismos” se disponen trágicos y que al conjugarse, devienen fatales. El afamado bandolero “Cabeza de pichí”, viola a una niña gitana, estrella del circo que estaba de paso en el pueblo. A raíz de ello, Sandra de 15 años, se habría embarazado y muerto al momento de parir. El niño en cuestión, es abandonado a una familia de campesinos, observándose en ese gesto la misma orfandad primigenia: abandonado a las vicisitudes de la vida, expósito, despojado de todo.

El niño Herminio es *intrínseca* y enigmáticamente violento, lo que se explica en su peculiar ascendencia. Bandido y gitana, margen de margen. Tomando el componente resolutamente legendario, el autor recurre a la aparición del “Mandinga”, quien le dice: “*Mucho matarás y sin piedad*”⁶⁴. Como corolario de lo anterior -si bien parece algo forzado- la satanización de Herminio, se trama como agudización que sella su existencia ya enteramente maldita.

Como último elemento de etnicidad y bandidaje, no pueden eludirse los textos inspirados en la cuestión mapuche. El bandido de frontera es el que aquí se recrea y perfila, con sus peculiaridades y aura mítica. Todo bandido “indio” es más valeroso, más enigmático y más distante del narrador. Su disposición periférica está determinado por su ser indio. En la extensa novela “Frontera” de Luis Durand⁶⁵, se da cuenta de la problemática relación entre la ley y los mapuche. Es en este lugar donde se configura el personaje de Anselmo, quien actúa como mediador entre el Estado y los indios. Personifica elementos contradictorios, en tanto se le responsabiliza de timar a algunos mapuche para ceder sus tierras y a la vez, capta la fidelidad más absoluta de algunos de sus subordinados. Su propiedad sufre de salteos y sus empleados se arman para defenderla: mapuche contra mapuche. El caso de “Marimán y el cazador de hombres”⁶⁶ de Mariano Latorre, nos habla de un cuatrero indio mítico, escurridizo y “terrible”⁶⁷. Marimán había matado a unos cuantos y “*tenía mujeres por todas partes*”⁶⁸. Lo rodea un halo protector, vinculado a su ascendencia y potenciado por el misterio de su muerte. Los bandidos *indios* son sindicados como instintivos, sanguinarios, *primitivos*, exponentes tipificados del caos de *frontera*.

63 Ruiz Zaldívar, Carlos, *El Rucio Herminio, Vida y muerte del legendario bandolero chileno*, Ed. Amanecer 1997.

64 *Ibid.*, p. 87.

65 Durand, Luis, *Frontera*, Ed. Nascimento, Santiago 1954.

66 Latorre, Mariano, *Sus mejores cuentos*, Ed. Nascimento 1956.

67 *Ibid.* p. 176.

68 *Ibid.* p. 177.

En último lugar, se aborda el concepto de hacer justicia como aliciente para salir a los caminos. Un infortunio particular desata la ira y despierta una intensa necesidad de venganza. Se observa, en este sentido, que las motivaciones son por lo general encomiables, comprensibles, pues es el ansia de equilibrar una historia injusta la que los ensalza y escuda. Joaquín Murieta, bandido mítico y paradigma de justiciero, concita el interés de cronistas, poetas y escritores desde la emergencia de su figura. En el folletín inaugural respecto de la reconstitución de su vida, Roberto Hyenne indica que *“jamás hizo mal a otros -que no fueran americanos- y sólo para ellos se hizo bandido y sobre ellos dirigía sus golpes”*⁶⁹, señalando una total conciencia y mesura del invocado bandido. ¿Por qué Murieta se vuelve bandido? Una injusticia inmensa ha sido su impulso. El cultor Hernán Núñez Oyarce nos dice: *“Vio ultrajar a su esposa/ y la matanza/ y así Joaquín Murieta/ juró venganza”*⁷⁰. Se dice que el sometimiento a las hostilidades de los *yankees*, adicionado a esta desgarradora noticia, lo habría dejado trastornado⁷¹. La historiografía colabora con la tesis referida al mismo sujeto, siendo Carlos López quien indica: *“La injusticia legalizada, la administración de la misma fue la razón más importante que impulsó a los hispanohablantes al crimen. Según Pitt, la manera de tratar al latinoamericano en el juzgado era comprometida, discriminatoria y abusiva”*⁷². La motivación pasa de ser personal y se constituye como respuesta colectiva ante un sistema opresor y abusivo —el predominante en la California del 1840-60- donde el bandido cabe como un salvador social, señalando: *“Yo defenderé a los oprimidos, a los perseguidos, a los de razas despreciadas. Agradezco al Destino la misión que me ha confiado”*⁷³. El poeta Daniel Meneses lo rememora así: *“Se transformó de hombre en fiera/ Como el perverso Caín,/ Con los Yankees tomó espín /Por lo que hicieron con él / Se hizo el bandido más cruel /Viendo en peligro su fin”*⁷⁴. Se corona el mito⁷⁵ desde diversos relatos, donde también aporta la poesía popular. Murieta, a di-

-
- 69 Citado en Lihn, Enrique, *Diez cuentos de bandidos*, Ed. Quimantú, Santiago 1972, p. 10.
70 Los Chileneros, *La época de oro*, ODEON 1970. Esta misma idea está presente en el cuento *Pata 'e cabra* de Victor Domingo Silva, en Enrique Lihn, *ob. cit.* p. 95.
71 Bunster, Enrique, *Chilenos en California*, Ed. Del Pacífico, Santiago 1972, p. 98.
72 López, Carlos, *Episodios chilenos en California*, Eds Universitaria de Valparaíso, Valparaíso 1975, p. 144.
73 Acevedo Hernández, Antonio, *Joaquín Murieta: Drama en seis actos*, Ed. Ercilla, Santiago 1936, p. 11.
74 Palma, Daniel y Navarrete, Micaela, *Los diablos son los mortales. La obra del poeta popular Daniel Meneses*, Ed. DIBAM- LOM, Santiago 2008, p. 308.
75 A este mito se refiere Edwards Bello, Joaquín, en *Mitópolis*, Ed. Nascimento, Santiago 1973, p. 175-175.

ferencia de otros bandidos, es inspiración de valentía⁷⁶, representante genuino de los populares. Como lo perfila Acevedo, perfectamente: *“Joaquín Murieta bandido fue, bandido por amor, bandido por venganza, ¡bandido!”*⁷⁷.

El bandido-político es otra categoría en que se ha hecho caber a José Miguel Neira y a la banda de “Los Pincheira”. Ambos tienen sus novelas, sus cuentos y romances que es preciso revisar, despojándose de la búsqueda de “verdad histórica”. Si a Neira jamás lo motivó la causa patriota o si Los Pincheira no eran movilizados por la realista, para este caso pierde todo interés. Suscita inquietud conocer qué dice la literatura de ellos. Ricardo A. Latcham, dice sobre El Cenizo y Neira: *“Salas es llamado ‘El Cenizo’ por la participación que tuvo en un crimen cometido en la calle de ese nombre en la capital. En sus brazos meció a Neira y sus comunes experiencias están salpicadas de crímenes y latrocinios”*. El destino de Neira es inescapable. Su futuro estuvo saldado desde siempre, al haber sido mecido en su más tierna infancia por el bandido más afamado de su época, Paulino Salas. En su escrito sobre la vida de Neira, Rubén Sotoconil, por su parte, indica: *“Neira se había hecho bandido porque era el único camino que vio después de su triple asesinato por venganza”*⁷⁸, debiendo transitar por las vías que el nuevo acontecer le imponía. Se adiciona a lo anterior, este ímpetu encendido con la predicha venganza. Su deseo de romper con el estado de las cosas -nos dicen- se aboca y canaliza en el proceso político que vive. Neira *“se siente profundamente impresionado por la represión sangrienta de la Reconquista”*⁷⁹ y ejerce su práctica desde esa atalaya, mucho más dignificada en cuanto al sentido que cobra. Se le arranca la laya de salteador común para convertirlo en el “Viriato chileno”⁸⁰. Antonio Acevedo Hernández en su romance dedicado a José Miguel Neira, habla de su aspecto temible, nombrándolo asesino y rey de los caminos: *“Su puñal era una flecha/ Sus ojos veneno vivo /Mata a quien se le presenta (...)/ Sin temor a su destino/ Siembra el terror como el trigo (...)/Es éste don Miguel Neira / El más tremendo asesino/ Que no teme a Dios ni al diablo/Y es el rey de los caminos”*⁸¹.

76 Uribe Echevarría, Juan, *Flor de canto lo humano*, Ed. Gabriela Mistral, Santiago 1974, p. 108.

77 Acevedo Hernández, Antonio, *Joaquín Murieta...*, p. 1.

78 Sotoconil, Rubén, *El Bandido Neira*, inédito, Santiago 1985, p. 43.

79 René León Echaíz, *ob.cit.* p. 57.

80 Apodado por José Miguel Infante. En Latcham, Ricardo, *La vida de Manuel Rodríguez*, Ed. Nascimento, Santiago 1932, p. 208.

81 Citado en Sotoconil, Rubén, *ob. cit.*

El caso de “Los Pincheira”, retratado por Magdalena Petit, se encuadra -como Neira- en la tipología de bandido político. Al respecto, Oreste Plath da cuenta del límite desdibujado entre ambos bandidos y sus respectivas “causas”, indicando que serían los mismos quienes fueron realistas y luego montoneros⁸². Se duda respecto de su convicción política y se entrevé una motivación “autónoma”, desligada de discursos externos que le son finalmente ajenos. Esta novela habla de los hermanos Pincheira como sujetos primitivos, temperamentales y crueles. Nos dice la autora que se han alistado en el bando realista azuzados por su patrón y protector Manuel Zañartu y en ningún caso por convencimiento propio. El relato se concentra en los avatares amorosos de Lucila, una de las tantas cautivas de los montoneros y no en la organización de la banda. “Los Pincheira” pasan a ser excusa para construir un texto amoroso, volviéndose un corpus escritural distante, acaso pueril, que escasas luces entrega respecto de dichos bandidos. Para dibujar su modo de operar, Petit nos dice: “A las masacres, a las violaciones, a los robos y saqueos, sucedía siempre el incendio, como un aleluya diabólico del crimen elevando sus preces rojas y crepitantes”⁸³, contribuyendo a la narración mítica que debe alzarse a su alrededor.

Con todo, se configura un sujeto que compelido por algún acontecimiento o padecimiento particular, debe transformarse en bandido. Esto se presenta como única alternativa, destino sinuoso e inevitable que se materializa. Previamente al gesto de exaltación, se dispone una detallada victimización, revelándose sus acciones como necesarias y en ningún caso delictuales. Llegado un momento crucial, ¿qué pudo haber sido sino bandido? Su vida se presenta ineluctablemente conducida hacia un devenir de correrías y salteos. La *fatalidad* multiplicada en ser-inquilino, en raza, en el deseo de hacer justicia.

IV. “NO SE TRATA DE MATAR... QUIERO ESTAR AL LADO DE LAS GENTES... ¡NADA MÁS!”⁸⁴

Como ejercicio final, se intentará evaluar qué estimación señalan los autores que se tiene a la figura del bandido. Tantear si es dable decir que la literatura los constriñe en un molde de exaltación o abominación. Para ello es relevante considerar los enunciados de Elvira Dantel y Enrique Lihn, quienes denuncian la carencia de un relato épico en él inspirado. Se establece una

82 Guzmán, Nicomedes, *ob. cit.* p. 145.

83 Petit, Magdalena, *Los Pincheira*, Ed. Zig -Zag, Santiago 1955, p. 27.

84 Guerrero, Manuel, *ob. cit.*, p. 355.

comparación con la poesía gauchesca, que observa al colosal Martín Fierro como evocación paradigmática del gaucho legendario; en contraposición con un huaso chileno ridiculizado, oprobado, invisibilizado. Se evidencian en algunas narraciones -a partir de la generación del 900 con mayor intensidad⁸⁵ - los deseos de fundar un discurso heroico necesario y hasta entonces, ausente. No habría existido con anterioridad una reposición o relevación del campo, en esta generación observado desde un enfoque más *micro*, bravío y movilizad. Los escritos revisados rehúyen de configurar a los bandidos en tanto sujetos “reformistas” o “revolucionarios”, advirtiéndose más bien, una afinidad con los tópicos intrínsecos, particulares de *lealtad* o *nobleza*.

Cierto es que, generalmente, se hallan fragmentos textuales que los apologizan, dando cuenta de la fidelidad que se extiende con los habitantes de su mismo territorio. Ellos se presentan en celebraciones públicas, desenfadados, impúdicos y generosos, alzándose su leyenda con prontitud. Un ejemplo de ello es Domingo Persona, personaje de Mariano Latorre, que aparece en la trilla como una real celebridad. Su notoriedad es diáfana para los concurrentes, pero no para los representantes de la ley. Se le resguarda en silencio, se festeja con él. Se le respeta, “*es muy amista’o en to’as partes y nu hay cueva ‘e los cerros que no conozca*”⁸⁶. Similar es el caso de “El Torito”, quien se fundía en las casas siempre abiertas de los habitantes de Tagua Tagua, sin haber sido visto por nadie⁸⁷. En algunos casos, los gañanes se describen protegidos por el bandido, quien burla, por medio de diversos mecanismos, la autoridad de patronos abusadores y capataces déspotas⁸⁸. En otras ocasiones, personajes aparecen reflexionando en torno al bandolerismo, los subsumen en una problemática mayor y los despojan de responsabilidad personal⁸⁹. De este modo, se describe una identidad de clase radical entre bandidos y peones o inquilinos. Dicha lealtad no es jamás transgredida y se explicita textuamente en el lugar de algún personaje. Se propala también una imagen pía⁹⁰, que se coextiende entre salteadores que se asocian. La cuadrilla opera como esfera de leal-

85 Al respecto, Elvira Dantel señala: “*El bandido*” de Salvador Sanfuentes (...) no es sino lo que hoy día se conoce con la palabra francesa *pastiche*.” En Dantel, Elvira, *ob. cit.*, p. 250.

86 Latorre, Mariano, *Domingo Persona*, en “*Antología del cuento chileno*”, Eds. Instituto de Literatura Chilena, Santiago 1963, p. 229.

87 Guerrero, Manuel, *ob. cit.*, p. 343.

88 Ver Latorre, Mariano, *On Panta*, Ed. Zig- Zag, Santiago 1969, p. 87- 89 y Enrique Lihn, *ob. cit.* p. 137.

89 Latorre, Mariano, *Sus mejores cuentos*, Ed. Nascimento, Santiago 1956, p. 183.

90 Rojas, Manuel, *Antología de cuentos*, Ed. Zig- Zag, Santiago 1957, p. 37.

tad inquebrantable y autosuficiente, sus integrantes son “como hermanos”⁹¹ y todo sujeto foráneo es una intromisión que debe ser expulsada. La misma complicidad se narra en el cuento “Los Dos” de Rafael Maluenda⁹², en que se manifiesta mutua admiración entre el Huinco y el Macheteado. Por su parte, Enrique Volpe, en una reciente novela sobre las memorias del bandido “El Corralero”, habla de la firme fraternidad que habría tenido el protagonista con “el bandido más peligroso de esa época”⁹³, el Flaco Manuel. La novela se torna añorante y nostálgica, pues el bravo “Corralero” se ha convertido en un manso burgués. El Flaco Manuel, como Eloy, habrían muerto en la “ley del camino”, esto es: acribillados en persecución. El relato del “Corralero” los evoca y admira, hablando del primero como su hermano⁹⁴. Releva y enaltece su modo de vida, recalcando así, una lealtad indeleble con ellos y consigo mismo. En estos textos, se patentiza un código sostenido entre bandidos, que apela a su inobjetable y compartida nobleza. Como los anteriores, otro tópico que extrema los valores acuñados por los bandoleros es el proceso de regeneración. La novela “El bandido de los ojos transparentes” de Miguel Littin -paráfrasis de la citada obra de Guerrero - enseña un bandido que se empeña como aprendiz de zapatero⁹⁵ y huye de Chile para recrear una vida allende los Andes. Misma historia del Torito relatada en “La huella del bandolero”, en que se enamora, cambia de nombre una y otra vez, hasta borrar su pasado de forajido. Funda una familia lejos de todo, es capturado y finalmente, indultado. Su ser-bandido es anulado, diluido en la confección de un habitante que ahora se promete trabajador, digno. Su *esencia* siempre ha sido mismamente justa y noble, no obstante, es su ejercicio el que muta, el que “asciende”: de escurridizo cuatrero a insigne trabajador. Estas “virtudes” hacen que la adscripción hacia el bandido se vuelva en ocasiones una veneración⁹⁶ que para Antonio Acevedo es indubitable: los campesinos chilenos jamás lo denuncian⁹⁷, en ellos encuentran amparo perpetuo.

Los enunciados previamente recorridos hablan de un segmento de la literatura que ensalza la figura convocante. Paralelamente a ella, se trazan imágenes de un bandolero cruel, inmerso en una atmósfera de terror y muertes. Es

91 Labarca, Amanda, *Los Cuatro*, Ed. Minerva, Santiago 1921, p. 81.

92 En Lihn, Enrique, *ob. cit.*, pp. 54 a 66.

93 Volpe, Enrique, *Responso para un bandolero*, Ed. Lom, Santiago 1996, p. 32.

94 *Ibid.*, p. 34.

95 Littin, Miguel, *El bandido de los ojos transparentes*, Ed. Six Barral, Buenos Aires 1999, p.74.

96 Latorre, Mariano, *On panta...*, p. 134.

97 Acevedo Hernández, Antonio, *La raza...*, p. 12.

justo revisarlos, con el fin de dar cuenta la pluralidad de visiones registradas. Pueden exhibirse una cuadrilla caótica e impasible, que apila los cadáveres de inocentes⁹⁸. Las víctimas de sus atracos resultan ser seres indefensos, ancianas frágiles, inermes⁹⁹. Se resienten, envidian y culpan entre ellos¹⁰⁰, huyendo de la justicia y precipitándose hacia la muerte. Se quebranta toda lealtad, toda complicidad y surge la traición mortal entre ellos. Resaltante es la poesía popular, que escasamente es condescendiente con los bandoleros. Si le son contemporáneos, el *pueta* los vitupera y sentencia con vehemencia. Adolfo Reyes no escatima en condenarlos:

Por los terribles bandidos.
Hai crímenes horrorosos,
Por asesinos alevosos
I mui crueles forajidos.¹⁰¹
En otro:
Hoi si ya escondidos están
Los han de pillar al fin
I en las prisiones por ruin
Al doble las pagaran.¹⁰²

Otro:

Este suceso asombroso
en Pisagua ha sucedido
mucha alarma ha producido
por ser el mas horroroso.¹⁰³

Reyes, *pueta* patentemente allegado a las sensibilidades del pueblo obrero, no simpatiza en nada con estos *asesinos* y *tiranos*, no sólo repudiándolos sino, exigiendo el peso de la justicia sobre ellos. Por su parte Juan Bautista Peralta nos dice:

(...) hasta un pobre chacarero

98 Lihn, Enrique, *ob. cit.* p. 73-74.

99 *Ibid.*, p. 99.

100 Durand, Luis, *Campesinos*, Ed. Nascimento, Santiago 1950, p. 84-89.

101 En pliego: *Sin título*. Col. Am. I, 110, mic. 18.

102 En pliego: *Sin título*. Col. Am. I, 120, mic. 19.

103 En pliego: *Sin título*. Col. Am. I, 147, mic. 22; Col. Lenz 6, 34, mic. 36.

Fue muerto por los bandidos
Porque aquellos forajidos
Matan de un modo al más fiero
Como el lobo carnicero Dicen
que se presentó La pandilla i
comenzó
Su obra devastadora
Asaltando a toda hora
A Casablanca llego.¹⁰⁴

La lista podría ser extensa, confirmándose la complejidad o incluso ambigüedad relativas a los juicios que se establecen sobre el bandolero. Los segmentos literarios registrados en todas sus índoles, entregan dichos contradictorios siendo imposible confirmar una complacencia o defensa hacia bandolero. Paradigmático en este sentido, es la novela “Eloy” que entrega una apreciación donde predomina cierto afán estilístico, en el que se disimula una personalidad unívoca. Eloy fluctúa entre un salteador sanguinario y feroz¹⁰⁵, confrontado con su intemperie, sus recuerdos y hálito final. El ritmo vertiginoso que lo conduce y la copiosidad de sus remembranzas, no le hacen espacios en un relato que se precie de épico. No se elogia su nobleza, su sensibilidad o lealtad con otros bandidos, sino que se hace hincapié en el caos que lo determina. Es precisamente esa confusión y fragilidad, la que matiza su personalidad. No se le sitúa como bandido monóticamente perverso, pero se excede del marco de un bandido bondadoso y protegido por su comunidad. Se vislumbran visiones duales, en ocasiones cruzadas que dificultan aseverar que la literatura o la poesía popular ve en estos individuos paladines de justicia. Si bien muchos de ellos contribuyen a suplir la carencia del *héroe* con narraciones legendarias y loadoras, puede ratificarse que se labran otras desbordadas de juicios que los imprecán.

V. REFLEXIONES FINALES.

La pregunta inicial pretendía contestar cómo era retratada la figura del bandido en la literatura chilena. Ésta se presentó generalizante, acaso ambiciosa, lográndose denotar sólo austeramente algunas de sus características más reiteradas y resaltantes. El análisis consistió en agrupar y pro-

104 Navarrete, Micaela y Cornejo, Tomás, *ob. cit.*, p. 249.

105 Dorguett, Carlos, *Eloy*, Ed. Universitaria, Santiago 1967, p. 136.

picar un diálogo entre enunciados esparcidos en fragmentos escriturales desemejantes y no siempre aglutinados. Propongo que a partir de los registros acopiados, un bandido resultó ser siempre un inquilino que devino peón y desde ese tráfago, *roto bandido*. No perdió definitivamente sus oficios de peón, entró y salió tan naturalmente en la huella como de sus otras faenas. Se le define en tanto multiplicidad de *enganches*, siendo el bandidaje sólo un episodio más entre ellos, digno -eso sí- de ser cristalizado. Representó este ejercicio siempre una ruptura con un pasado de inquilinaje, libertad indubitable que se anhela, articulada con la huida y *fatalidad* que le es constitutiva. Vida de huaso y roto, palmariamente escindidas.

Introduciéndose ya en el retrato *interior* del cuatrero, la pobreza, la raza o las ansias por hacer justicia se descubrieron como sus motivaciones primordiales, justificándose en eso su quehacer. Todos escurren a colmar los espacios que el *destino* les había conferido, a cumplir derechamente su sino. Desde este saber, se intentó vislumbrar cómo se localiza el bandidaje antes de ser decodificado como acto *criminal*. Se le concibió sencillamente desde el campo de la práctica y no consignado como “delito”. Muchas de sus aristas, sin duda, fueron aquí omitidas: las *camarás* que los rodean, la religiosidad que profesan, el remoler y el canto de la cueca que los abraza.

Este escrito se presentó como pequeña contribución hacia un estudio que amplíe la visión puramente historiográfica en torno a la figura del bandido, considerando otros discursos que puedan vigorizarla. La confrontación acuciosa entre las dos disciplinas es un gesto que debe forjarse posteriormente. La cuestión terminal, eso sí, radica en preguntarse si es posible trazar alguna diferencia entre bandido y su leyenda. Inquirir sobre el intersticio que pervive o no, entre la “figura misma” y los relatos que lo envuelven, evocan o que el mismo emana. Entrever si existiría distancia entre Domingo Persona, el Ñato Eloy, el Torito y la leyenda que propulsan. Probablemente sus *nombres verdaderos* se hallen escritos también en la literatura, como dice Dantel, en la “*idiosincrasia de la colectividad*”¹⁰⁶, sin poder ser desligados ellos mismos de las narraciones que los invocan.

VI. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.

1. Acevedo Hernández, Antonio. *Joaquín Murieta: Drama en seis actos*, Ed. Ercilla, Santiago 1936.
2. Acevedo, Antonio. *Croquis Chilenos (Crónicas y relatos)*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1931.
3. ----- *El libro de la tierra chilena. Lo que canta y mira el pueblo de Chile*, Ed. Ercilla, Santiago 1935.
4. ----- *La Raza Fuerte*, Ed. de la Federación Obrera, Santiago 1910.
5. ----- *Retablo Pintoresco de Chile*, Ed Zig- Zag, Santiago 1952
6. Allende, Juan Rafael. *Poesías Populares*, Imp. de Meza Hnos., Santiago 1911.
7. Amunátegui, Miguel Luis. *Páginas sueltas*, Ed. Carvantes, Santiago 1889
8. Bunster, Enrique. *Chilenos en California*, Ed. Del Pacífico, Santiago 1972
9. Cabero, Alberto. *Chile y los chilenos*, Ed. Lyceum, Santiago 1948
10. Claro, Samuel et.al. *Chilena o cueca tradicional. Con las enseñanzas de Don Fernando González Marabolí*, Ed.PUC, Santiago 1994
11. Dannemann, Manuel. *Tipos Humanos En La Poesía Folclórica Chilena: Ensayo Filológico, Antropológico Y Sociológico*. Ed. Universitaria, Santiago.
12. Dantel, Elvira. “El bandido en la literatura chilena”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N°6, Santiago 1935.
13. De la Vega, Daniel. *Caín, Abel y una mujer*, Ed. Ercilla, Santiago
14. De Ramón, Armando. *Santiago de Chile (1541-1991): historia de una sociedad urbana*, Ed. Sudamericana, Santiago 2000.
15. Droguett, Carlos. *Eloy*, Ed. Universitaria, Santiago 1967.
16. Durand, Luis. *Campesinos*, Ed. Nascimento, Santiago 1950.
17. ----- *Frontera*, Ed. Nascimento, Santiago 1954.
18. ----- *Sietecuentos*, Ed. Nascimento, Santiago 1967.
19. Edwards Bello, Joaquín. *Mitópolis*, Ed. Nascimento, Santiago 1973.
20. ----- *La deschilenización de Chile*, Ed. Aconcagua, Santiago 1977.
21. Elizabeth Hutchison, *Labores propias de su sexo*, Ed. LOM, Santiago 2006

22. Feliú Cruz, Guillermo. *Santiago a fines del siglo XIX, crónicas de los viajeros*, Ed. Andrés Bello, Santiago, 1970
23. Godoy, Juan. “Breve ensayo sobre el roto”, en *Atenea* N° 163, Concepción 1939.
24. González Marabolí, Fernando, *Manuel el Bonete Grande*, cueca inédita.
25. ----- *Angurrientos*, Ed. Nascimento, Santiago 1959
26. Guerrero, Manuel y Miranda, Carlos. *La huella del bandolero*, Ed. Letras chilenas, Santiago 1960.
27. Guzmán, Nicomedes comp. *Autorretrato de Chile*, Ed Zig-Zag, Santiago 1957.
28. Labarca, Amanda. *Los Cuatro*, Ed. Minerva, Santiago 1921.
29. Lago, Tomás. *El Huaso*, Ed. Universidad de Chile, Santiago 1953
30. Latcham, Ricardo. *La vida de Manuel Rodríguez*, Ed. Nascimento, Santiago 1932.
31. Latorre, Mariano. *Domingo Persona*, en “*Antología del cuento chileno*” Eds. Instituto de Literatura Chilena, Santiago 1963.
32. ----- *Memorias y otras confidencias*, Ed. Andrés Bello, Santiago 1972.
33. ----- *On Panta*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1969.
34. ----- *Sus mejores cuentos*, Ed. Nascimento, Santiago 1956.
35. León Echaíz, René. *El bandido Neira*, Ed. Orbe, Santiago 1965.
36. ----- *Interpretación histórica del huaso chileno*, Ed. Universitaria, Santiago 1955.
37. Lihn, Enrique. *Diez cuentos de bandidos*, Ed. Quimantú, Santiago 1972.
38. Littin, Miguel. *El bandido de los ojos transparentes*, Ed. Six Barral, Buenos Aires 1999
39. Lizana, Desiderio. *Cómo se canta la poesía popular*, Ed. Imprenta Universitaria, Santiago 1912
40. López, Carlos. *Episodios chilenos en California*, Eds. Universitaria de Valparaíso, Valparaíso 1975
41. Los Chinganeros. *Cuecas de barrios populares* FONDART, Santiago 2009.
42. Los Chileneros, *La época de oro*, ODEON 1970.
43. Medina, José Toribio. *Chilenismos. Apuntes lexicográficos*, Ed. Universo, Santiago 1928

44. Navarrete, Micaela y Cornejo, Tomás. *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, Ed. Centro de Investigaciones Diegio Barros Arana DIBAM, Santiago 2006
45. Ortiz, Fernando. *El Movimiento obrero en Chile*, Ed. LOM, Santiago 2005
46. Oyarzún, Luis. *Temas de la cultura chilena*, Ed. Universitaria, Santiago 1967
47. ----- *Temas de la cultura chilena*, Ed. Universitaria, Santiago 1967
48. Palacios, Nicolás. *Raza Chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*, Ed. Chilena, Santiago 1918
49. Palma, Daniel y Navarrete, Micaela. *Los diablos son los mortales. La obra del poeta popular Daniel Meneses*, Ed. DIBAM- LOM, Santiago 2008.
50. Petit, Magdalena. *Los Pincheira*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1955.
51. Pereira Salas, Eugenio. "Pancho Falcato en la Historia y la leyenda" Rev. Mapocho II, Santiago 1964.
52. Pezoa Véliz, Carlos. *Alma Chilena*, Eds. Biblioteca Moderna, Santiago.
53. Pinto Julio, *Trabajos y Rebeldías en la pampa salitrera*, Ed. Universidad de Santiago, Santiago 1998.
54. Plath, Oreste. *Baraja de Chile*, Ed. Zig-zag, Santiago 1946
55. Rodríguez, Zorobabel. *Diccionario de chilenismos*, Ed. Imp. Del Independiente, Santiago 1875.
56. Rojas, Manuel. *Colo Colo*, en "Selección de autores Nacionales", Ed. Salesiana, Santiago 1952, p. 36-46.
57. Rojas, Manuel y Canizzo, Mary. *Los Costumbristas chilenos*, Ed. Universitaria, Santiago 1956.
58. Rojas, Manuel. *Antología de cuentos*, Ed. Zig- Zag, Santiago 1957
59. ----- *El Hombre de los ojos azules*, Ed. Lectura Selecta, Santiago 1926.
60. ----- *Hombres del sur*, Ed. Nascimento, Santiago 1926.
61. Romero, Luis Alberto. *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en. Santiago de Chile 1840-1895*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1997.
62. Ruiz Zaldívar, Carlos. *El Rucio Herminio, Vida y muerte del legendario bandolero chileno*, Ed. Amanecer 1997.
63. Salazar Gabriel y Pinto Julio, *Historia Contemporánea de Chile Tomo II Actores, Identidad y Movimiento*, Ed. LOM, Santiago 1999.

64. ----- *Historia Contemporánea de Chile Tomo IV Hombria y Feminidad*. Ed. LOM, Santiago 2002.
65. ----- *Labradores, peones y proletarios, formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* Ed. LOM, Santiago 2000.
66. Salinas, Maximiliano. “El bandolero chileno del siglo XIX: Su imagen en la sabiduría popular” en *Araucaria de Chile*. N° 36, Madrid, 1986.
67. Sanfuentes, Salvador. *Leyendas Chilenas*, Ed. Biblioteca Chilena, Santiago 1885.
68. Santiván Fernando. *La Camará*, Ed. Quimantú, Santiago 1972.
69. Sepúlveda, Fidel. Lira Popular, una poética de la identidad, en “Arte, Identidad y Cultura chilena (1900-1930)” Ed. PUC, Santiago 2005.
70. Silva, Víctor Domingo. *Pata 'e perro*, en “Selección de autores Nacionales”, Ed. Salesiana, Santiago 1952.
71. Sotoconil, Rubén. *El Bandido Neira*, inédito, Santiago 1985.
72. Tornero, Recaredo. *Chile Ilustrado*, Ed. de la Biblioteca Nacional de Chile, Santiago, 1996.
73. Ulloa, Francisco. *Astucias de Pancho Falcato*, Ed. Soc. Imprenta y Litografía Universo, Santiago 1908.
74. Uribe Echevarría, Juan. *Flor de canto lo humano*, Ed. Gabriela Mistral, Santiago 1974.
75. Valenzuela Jaime, *Bandidaje rural en Chile Central : Curicó, 1850-1900*, Ed. DIBAM, Santiago 1991.
76. Vicuña Cifuentes, Julio. *Romances populares y vulgares Recogidos de la tradición oral chilena*, Ed. Biblioteca de escritores de Chile, Santiago 1912.
77. Vicuña, Julio. *COA: Jerga de los delincuentes chilenos .Estudio y vocabulario*, Ed. Santiago 1910
78. ----- *He Dicho*, Ed. Nascimento, Santiago 1926
79. Volpe, Enrique. *Responso para un bandolero*, Ed. Lom, Santiago 1996.
80. Yankas, Joaquín. *Rotos*, Ed. Zig-Zag, Santiago 1945.

